

La cartelera cinematográfica de Caracas, desde hace algún tiempo, presenta una ligera variedad que no conviene desconocer. Junto al cine comercial, que ocupa cientos de kilos de tinta en la prensa diaria, hay breves anuncios olvidados de un cine diferente. En ellos nos fijamos hoy porque pueden ser semilla de una transformación cultural de profundos alcances. Nada son todavía, perdidos en el marasmo de la publicidad que tiene siempre adjetivos máximos y espacios de privilegio; pero la trampa y el cartón de **Love Story** puede ceder ante la verdad balbuciente del cine chileno o el experimento boliviano. El deshielo no se va a producir en un día; mientras tanto, ahí conviven y secretamente luchan dos tipos de cine radicalmente diferentes en una misma cartelera.

El autor de **El chacal de Nahueltoro** (SIC, set.-oct. 1971) nos lo dice con la máxima sencillez: "Una película hecha vale más que 10.000 discursos dichos en los cafés y en los cine-clubes, y más que 10.000 foros sobre una película de Antonioni o de Bergman o sobre la problemática de la incomunicabilidad." Pero, atención, no se trata de una película cualquiera; es una forma específica de hacer cine, sin encubrir las situaciones, con instrumentos primitivos, cine de emergencia para la hora que vive y padece Latinoamérica.

Para algunos, es el **tercer cine**; para otros, el **cine del tercer mundo**. Desde hace dos años tiene su cinemateca, su revista propia, sus humildes cadenas de distribución. No nació como negocio, sino como esperanza. Empresa "modesta y ambiciosa a la vez, vocacional e irrenunciable". Su estilo es inconfundible; no será necesario que se le anuncie con una etiqueta especial, porque en el primer fotograma se le reconoce. Los autores argentinos de **La hora de los hornos** se expresaban de esta manera: "La lucha antiimperialista de los pueblos del Tercer Mundo y de sus equivalentes en el seno de las metrópolis constituye hoy por hoy el eje de la revolución mundial. **Tercer cine** es para nosotros aquel que reconoce en esa lucha la más gigantesca manifestación cultural, científica y artística de nuestro tiempo, la gran posibilidad de construir desde cada pueblo una personalidad liberada; la descolonización de la cultura."

* * *

El cine, con sus inmensas posibilidades, comienza a ponerse al servicio de la cultura nacional en algunos países de nuestro continente. La idea parte de Uruguay, se propaga por Argentina y Chile,

brotó también en Bolivia y asoma tímidamente en Venezuela. Pero las fuerzas culturales colonizadoras cuentan con recursos inmensamente superiores, y el cine, como vehículo cultural, como diversión y como artículo de consumo, sigue preso en las redes del comercio internacional y de los intereses dominantes. Hoy se sabe perfectamente qué tipo de ingredientes atraen al consumidor, se conocen los estímulos y las reacciones, nada se deja a la casualidad. Por esta razón, cuando el cine aborda la realidad sin prejuicios ni inhibiciones, comienza a tener un valor cultural de primera importancia.

Con ojos nuevos y diferente pasión se acercará el espectador a **Sangre de cóndor** y a **Muerte en Venecia**, al cine cubano y a las últimas divagaciones estéticas de los países desarrollados. Visconti puede permitirse el lujo de crear una belleza neutral, de indudable calidad plástica, con un mundo muy suyo de evocación y con la natural perfección del caballero bien comido; pero ese cine fundamentalmente estético, hecho para recrear, pero no para conmover, no tiene objeto entre los cineastas latinoamericanos que encuentran problemas más urgentes que la recreación onírica y la desolación del tedio. El **cine del tercer mundo** expresa, a su modo, la pugna de un continente por ser o no ser, por hacer o padecer, por descubrirse o entregarse. Los cánones de la crítica tradicional no valen para este cine, porque, como ocurre en los terremotos, ha salido a la calle desnudo. Lo dicen Fernando Solanas y Octavio Getino: "Nuestra época es época de hipótesis más que de tesis, época de obras en proceso, inconclusas, desordenadas, violentas, hechas con la cámara en una mano y una piedra en la otra."

Venezuela, desde su situación geográfica equidistante de Miami y del corazón andino, padece en el cine de las mismas indefiniciones culturales que en otros campos. Para algunos, el teatro exhibido durante el presente año en el Ateneo será mensaje nacional y revolucionario. Allí estarían para confirmarlo **Tu país está feliz** y **Venezuela tuya**. Dudamos, sin embargo, que sean expresiones culturales convincentes y plenas, sin negar el esfuerzo que supone roturar nuevos caminos. Pero en el campo cinematográfico, nuestra contribución es todavía más incipiente y primeriza. Somos importadores cualificados y generosos en todo tipo de mercancías; y el cine no puede ser excepción. Sin duda que los productores y exhibidores se disputan nuestro mercado porque es un pequeño paraíso del consumo inconsciente y ciego.

Sin embargo, a pesar de esta situación suficientemente conocida, vienen surgiendo nuevas formas de ver y pensar las cosas. Un cine documental y poético, al estilo de **La ciudad que nos ve**, de Guédez, una aproximación crítica parecida a la de TVenezuela, de Jorge Solé, pueden ser anuncio de realidades más completas y prometedoras. El problema de la nacionalidad cultural no puede ya limitarse a definiciones y proclamas, sino debe abocarse a encontrar desesperadamente su expresión a base de incesantes búsquedas y tanteos. Este tipo de películas, que llegan todavía a públicos reducidos, pueden ser catalizadores de un proceso liberador que ya se adivina por los más diversos caminos.

* * *

Pero el cine del tercer mundo, para ser fiel a su nombre, no puede encerrarse en la descripción y análisis de las situaciones latinoamericanas. En su afán de abrir su propio horizonte, se acerca a pueblos y culturas en las que también es patente la opresión y la intención de sometimiento. Ya se ha realizado el pre-estreno de **Lejos del Vietnam**, un homenaje medido y distante de seis realizadores conocidos, entre los que destacan Godard, Lelouch, Agnès Varda. La película se realizó en 1967, pero en su línea general conserva actualidad e invita a la discusión sobre una agresión que nuestro tiempo contempla con relativa indiferencia. El material utilizado es externo al propio conflicto bélico y la forma de entregar la película no se libra de las normas que establece el cine comercial; pero sin duda la polémica que se mantiene viva en todas las escalas de la ciudadanía norteamericana, la crisis de seguridad que la guerra ha producido en USA, la derrota de una victoria al parecer imposible, los recursos de la pobreza cuando le guía un ideal, aparecen con fuerza en esta producción realizada como contribución al pueblo nordvietnamita.

"Esta película no se cierra aquí, porque su mayor propósito es abrirse hacia el diálogo con los protagonistas de las jornadas que se cumplieron y con las de aquellas que no tardarán en cumplirse. Tales protagonistas son ustedes, los que aparecieron en la pantalla actuando o hablando, los que se están viendo. Importa, entonces, que las reflexiones y el diálogo para las próximas acciones lo establezcan ustedes ahora, porque de tales acciones, de lo acertadas que ellas sean, depende en gran parte el futuro de nuestra patria." Aquí acaba una de las películas del cine del tercer mundo argentino, y aquí terminamos nosotros.—R. H.-V.